EL SUEÑO DE THEO

UNA NOVELA

No se huye del tiempo.
Se huye hacia él.



MICHEL ONĪRIX

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

EL SUEÑO DE THEO

Una novela

Para quienes alguna vez miraron el futuro
como si fuera un lugar al que se pudiera llegar
sin tener que atravesar el camino.

Y para quienes se quedaron
cumpliendo promesas que no eligieron.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

No se huye del tiempo. Se huye hacia él.
— Anónimo

El futuro es el único lugar adonde uno puede irse sin que le pidan papeles.
— Aforismo apócrifo

Hay una grieta en todo. Así es como entra la luz.
— Leonard Cohen

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

Hay una pregunta que esta novela no responde. La encontrarás al final, sola en una página, sin comentario ni explicación. No es un olvido ni una trampa. Es una decisión.

Las historias que más nos importan son siempre las que nos dejan con algo sin resolver, porque lo sin resolver es lo que nos llevamos con nosotros cuando cerramos el libro. Lo que seguimos pensando en el colectivo, a la madrugada, en ese espacio entre el sueño y la vigilia donde las preguntas tienen más peso que las respuestas.

Theo no es un héroe. No descubrió nada que el mundo necesitara. No salvó a nadie ni cambió el curso de nada. Era un hombre común que acumuló fracasos con la paciencia involuntaria de quien no sabe hacer otra cosa, y que un día decidió que si el presente no tenía lugar para él, quizás el futuro sí lo tendría.

Esa decisión dice algo sobre el tiempo, sí. Pero dice más sobre la desesperanza, y sobre lo que los seres humanos somos capaces de inventar cuando la desesperanza se vuelve lo suficientemente creativa.

Lo que más me interesó de Theo, mientras lo escribía, no fue su viaje sino los que se quedaron atrás cumpliéndole una promesa. Samuel, Rodrigo, Tomás, Andrés. Ninguno lo eligió del todo. Ninguno lo abandonó del todo. Hay en esa cadena de lealtades algo que las palabras rodean sin terminar de tocar, algo que tiene que ver con lo que le debemos a los que nos precedieron y con lo que les debemos a los que vendrán, y con la pregunta incómoda de si esas deudas son reales o si simplemente decidimos que lo son porque necesitamos que algo lo sea.

Esta es una historia sobre el tiempo. Pero sobre todo es una historia sobre las personas que el tiempo deja atrás, y sobre lo que hacen con eso.

El autor

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

PARTE I

El hombre que quería escapar

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

I. El pueblo

Hay pueblos que parecen haber sido olvidados por el tiempo, y luego están aquellos que el tiempo simplemente decidió no visitar. El pueblo donde nació Theo era de la segunda clase: una acumulación de casas bajas, calles sin pavimentar en los bordes y una plaza central con un monumento a alguien que nadie recordaba del todo bien. Las montañas lo rodeaban como una mano entreabierta, generosas con la sombra pero mezquinas con el horizonte.

Theo nació un martes por la tarde, en la misma cama donde habían nacido antes su madre y su abuela. El médico que asistió el parto era el mismo que firmaba los certificados de defunción. En ese pueblo los extremos de la vida eran atendidos por la misma mano callosa y experta.

Desde pequeño fue catalogado como raro, con la suavidad condescendiente que los adultos reservan para los niños que no encajan. No era malo en la escuela, simplemente estaba en otro lado. Mientras los demás perseguían pelotas de fútbol por el patio, Theo desarmaba los objetos que encontraba: un reloj viejo de su abuelo, la radio del living, una linterna a pilas. No siempre lograba volver a armarlos, pero siempre entendía por qué habían dejado de funcionar.

Sus padres eran personas buenas en el sentido más honesto de la palabra: trabajaban, pagaban sus deudas, amaban a su hijo con la torpeza callada de quienes nunca aprendieron a decirlo en voz alta. El padre era empleado en la ferretería del señor Mónaco. La madre cosía ropa para afuera, sentada siempre junto a la ventana del comedor, con la máquina de pedal que había sido de su propia madre. Entre los dos llegaban a fin de mes con lo justo.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

Lo que a Theo lo separaba de sus compañeros no era la inteligencia, aunque la tenía, sino una cierta incapacidad para conformarse. Para él, cada cosa existente era una pregunta sin terminar de hacer. ¿Por qué el cielo era de ese color? ¿Quién había decidido que los lunes comenzaba la semana? ¿Era posible que el tiempo fuera en realidad una ilusión, y que todo lo que había ocurrido, ocurría y ocurriría estuviera sucediendo al mismo tiempo en algún lugar que los humanos no podían percibir? Estas preguntas no las hacía en voz alta. Las guardaba, las daba vuelta, las dejaba reposar como masa de pan.

Los libros llegaron a su vida de la única manera en que suelen llegar a los pueblos pequeños: por casualidad y por la generosidad de alguien. La maestra de quinto grado, una mujer de ciudad que había llegado al pueblo por contrato y se había quedado por amor, tenía una biblioteca personal que prestaba sin condiciones. Theo fue su mejor lector. Devoraba novelas de Verne, de Asimov, de Wells. Devoraba también a los filósofos que ella le fue poniendo en las manos casi como quien hace una apuesta: primero Platón, luego Camus, luego Borges, que no era filósofo pero lo parecía. Theo los leía todos con la misma hambre pareja.

El futuro lo fascinaba de una manera que no sabía del todo explicar. No el futuro del mundo, con sus tecnologías y sus guerras, sino el futuro propio: esa zona oscura que estaba delante de él y en la que cualquier cosa, en teoría, era posible. Era el único lugar donde todavía no había fracasado.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

II. El inventor

Terminó el secundario en junio, con notas mediocres y una sensación difusa de que algo importante había terminado sin haber verdaderamente comenzado. Sus compañeros tenían planes: la Universidad de Medicina, el trabajo en el campo del padre, el viaje a la capital. Theo no tenía ninguno de esos planes. La Universidad de su ciudad ofrecía Contabilidad, Agronomía y Derecho. Las tres le parecían traducciones distintas del mismo aburrimiento.

Su padre le dijo, con la delicadeza de quien camina sobre hielo:

—Podés estudiar contabilidad y después hacer lo que se te ocurra.

Theo no respondió, lo cual en él era siempre una forma de decir que no.

Durante semanas vagó por la casa sin propósito aparente, leyendo, pensando, mirando el techo. Su madre lo observaba desde el umbral de la puerta con esa preocupación silenciosa de los padres que saben que su hijo no está roto pero tampoco está entero. Un día Theo se levantó, desayunó con más calma que de costumbre, y anunció:

—Voy a inventar cosas. Cosas que le hagan la vida más fácil a la gente.

Sus padres se miraron brevemente. El padre asintió. La madre sirvió más café.

Así comenzó el período que Theo recordaría siempre con una mezcla de orgullo y vergüenza: los años del inventor. Se instaló en el garaje que ya no guardaba ningún auto y lo convirtió en taller. Con los ahorros de los cumpleaños y la pequeña herencia de un tío lejano compró herramientas, materiales, componentes electrónicos que encargaba por correo. El garaje olía a soldadura y a café quemado.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

Sus inventos eran notables en su lógica interna y torpes en su ejecución comercial. Creó un sistema de riego por goteo artesanal que funcionaba perfectamente pero que costaba más trabajo instalar que regar a mano. Diseñó una bicicleta con sistema de freno mejorado que ningún mecánico del pueblo quiso reproducir porque los frenos que ya existían, decían, frenaban igual. Inventó un parasol para ventanas que se plegaba automáticamente con el viento, pero el mecanismo era tan sensible que se plegaba también con el paso de los camiones.

Los dejaba en consignación en algunos comercios del centro. Los comerciantes los aceptaban con la misma condescendencia con que se acepta el dibujo de un niño: para no herir. Los objetos juntaban polvo en las vitrinas y volvían a Theo sin haber sido vendidos.

La gente del pueblo era conservadora, sí, pero también era pobre, y los pobres no compran soluciones a problemas que han aprendido a resolver de otra manera. Theo tardó años en entender eso. La necesidad y el hábito son dos ríos distintos, y el hábito suele correr más hondo.

Durante ese tiempo trabó la única amistad verdadera de su vida. Samuel era su opuesto en casi todo: pragmático, sociable, sin grandes pretensiones intelectuales pero con una lealtad que era casi física, como la de un árbol que no se mueve en el viento. Se habían conocido en el secundario y algo en ellos había encontrado complemento. Samuel escuchaba las ideas de Theo sin entenderlas del todo y sin necesitar entenderlas. Le alcanzaba con que fueran de Theo.

Los años del taller pasaron lentos y sin gloria. Theo había imaginado que a los treinta tendría una patente, un nombre, quizás un contrato con alguna empresa. A los treinta tenía el garaje lleno de inventos que nadie quería y las manos marcadas de pequeñas quemaduras.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

* * *

Lo de las mujeres era otra historia, o quizás era la misma historia contada desde otro ángulo. Theo amaba con una intensidad que asustaba, o al menos eso era lo que le decían. Sus novias lo describían como presente en exceso, como alguien que necesita demasiado. Él no sabía cómo necesitar menos. La última, Valeria, fue la que más adentro llegó y por lo tanto la que más daño hizo al irse.

Se fue en diciembre, en el peor momento posible, que era el único momento en que Theo tenía: su madre había muerto en octubre y el dolor todavía estaba fresco, sin costras. El padre sobrevivió a su esposa apenas ocho meses, como si hubiera esperado a que el luto de su hijo estuviera algo más asentado para poder permitirse él también rendirse.

Theo enterró a sus padres en el mismo cementerio donde ellos habían enterrado a los suyos. De pie frente a las dos lápidas contiguas pensó que no había cumplido nada de lo que se había prometido. No los había llevado a conocer el mundo. No había logrado que se sintieran orgullosos de una manera que ellos pudieran contarle a los vecinos. Los había querido, sí. Pero el amor sin logros concretos, en los pueblos pequeños, tiene una difusa resonancia al fracaso.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

III. La crisis

El pesimismo de Theo no llegó de golpe, como un derrumbe, sino de manera gradual, como una humedad que va subiendo por la pared. Primero fue el cansancio, luego la indiferencia, luego una extraña claridad fría en la que todo le parecía al mismo tiempo evidente e inútil.

Pensó en el suicidio con la distancia con que se piensa en una salida de emergencia: sabía que estaba ahí, que era una posibilidad técnica, que si las cosas seguían deteriorándose de esa manera habría que reconsiderarla. Pero por ahora no. No todavía.

Lo que lo mantuvo vivo en esos meses oscuros fue, paradójicamente, la misma imaginación que siempre lo había separado de los demás. Su mente no podía detenerse. Incluso en la depresión más densa seguía generando preguntas, hipótesis, imágenes. Era molesto, pero era vida.

Una mañana de marzo, con el sol entrando sesgado por la ventana del cuarto, Theo se despertó con un sueño todavía vívido en los bordes de la conciencia. En el sueño había una máquina. No una máquina del tiempo en el sentido clásico, con palancas y cristales y la majestuosidad de lo imposible, sino algo más parecido a un ataúd de metal con visor de vidrio y luz interior verde. En el sueño entraba a esa máquina y cerraba la tapa y cuando la abría el mundo afuera era diferente, no en sus formas sino en su temperatura, como si alguien hubiera girado suavemente un dial invisible.

Se quedó quieto en la cama durante un tiempo indeterminado, mirando el techo, dejando que el sueño se disolviera lentamente como azúcar en agua tibia. Y entonces, antes de que desapareciera del todo, lo atrapó. Lo pensó con calma, como se piensa cuando uno ya no tiene nada que perder y por lo tanto puede permitirse pensar en serio.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

Volver al pasado era imposible. Eso lo sabía o al menos lo sospechaba con suficiente convicción como para no intentarlo. Pero el futuro era distinto. El futuro no era un lugar que hubiera que alcanzar viajando; era un lugar al que todos llegaban, tarde o temprano, solo que algunos lo hacían después de haber vivido el camino y otros, en teoría, podrían hacerlo sin haberlo atravesado. El truco no era viajar. Era saltar.

Una cápsula de hibernación. No era una idea nueva, la había leído en novelas y había visto variaciones en películas. Pero Theo no necesitaba la versión de la ciencia ficción. Necesitaba la versión que él pudiera construir, con los medios que tenía, en el garaje de su casa.

La idea le devolvió algo que no sabía que había perdido: un motivo para levantarse.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

IV. La cápsula

Los preparativos le llevaron casi dos años. Los vendió como lo que eran: los últimos dos años de su vida en ese lugar, en ese tiempo, en ese cuerpo que todavía no había logrado lo que se suponía que debía lograr.

Con el dinero de los valores que sus padres habían dejado compró los materiales. El sistema de soporte vital fue lo más complejo: la temperatura, la humedad, el suministro mínimo de oxígeno que mantendría sus funciones en ese umbral delgado entre la vida y la muerte que los científicos llaman estado de hipobiosis. Leyó todo lo que pudo. Consultó, de manera indirecta y cuidadosa, con un médico de la capital que pensó que las preguntas eran para una novela. Quizás así era más fácil responder.

En la terraza instaló paneles solares conectados a baterías de alta capacidad. El generador cargaba en silencio día tras día, acumulando energía para una empresa que nadie más que Theo sabía que estaba ocurriendo. Pagó los impuestos de la casa con diez años de adelanto, argumentando ante el funcionario municipal que viajaba al exterior por trabajo. El funcionario lo miró con la suspicacia aburrida de los burócratas y aceptó el dinero.

La conversación con Samuel fue la más difícil. Lo citó una noche en la cocina de su casa, sirvió dos vasos de vino tinto y le explicó todo, sin rodeos, sin suavizar nada. Samuel lo escuchó sin interrumpir, que era su manera de escuchar las cosas importantes.

Cuando Theo terminó, Samuel estuvo en silencio un momento largo. Bebió un sorbo de vino. Miró la mesa.

—Sos un idiota —dijo finalmente, con la voz sin temperatura de quien dice una verdad que ya no tiene sentido discutir.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

—Probablemente —concedió Theo.

—¿Y si no funciona?

—Entonces me habrán encontrado muerto en un cajón de metal en mi sótano y habrán pensado que era la rareza más grande que había visto este pueblo. Lo cual, en cierto modo, tampoco estaría mal.

Samuel lo miró durante un momento con esa mirada que tenía, directa y sin adornos.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé. Cien años, quizás. Lo suficiente para que esto ya no sea este lugar.

Hubo otro silencio. Samuel terminó su vino.

—Dame el cuaderno —dijo.

El cuaderno tenía cuarenta y dos páginas escritas con la letra apretada de Theo. Instrucciones para mantener la cuenta bancaria. El sistema de alarma que sonaría si alguien forzaba la entrada. El protocolo para abrir la cápsula cuando fuera el momento. Y al final, en una página separada, una única frase sin explicación:

Cuando te parezca que ya fue suficiente tiempo, espera veinte años más.

Samuel dobló el cuaderno y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta con el cuidado con que se guarda algo que uno sabe que va a pesar.

Se abrazaron en la puerta. Ninguno de los dos dijo nada que valiera la pena recordar, que es también una forma de decirlo todo.

* * *

La noche antes de entrar a la cápsula, Theo se sentó en el jardín trasero con una silla de madera y miró el cielo durante horas. Las estrellas eran las mismas que habían

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

visto sus padres, las mismas que verían sus bisnietos, si es que había bisnietos, si es que había futuro en el sentido que él necesitaba que lo hubiera.

No sintió miedo. Sintió algo más parecido al alivio que experimenta quien ha estado cargando algo muy pesado y por fin lo puede dejar en el suelo un momento. El futuro, pensó, era el único lugar donde nadie lo conocía todavía. El único lugar donde todavía no había decepcionado a nadie.

A la mañana siguiente selló las ventanas con silicona y las puertas con goma espuma. Bajó al sótano con la misma calma con que se baja a buscar una herramienta. Se conectó los electrodos que monitoreaban sus signos vitales. Verificó por última vez el sistema de temperatura.

Antes de cerrar la tapa, miró la habitación. El sótano era pequeño y olía a humedad. Las paredes eran de ladrillos a la vista. Una lamparita desnuda colgaba del techo.

No había nada que ver. Y sin embargo Theo miró durante un momento más, como si quisiera llevarse algo de eso, algo de ese ahora preciso y banal, al lugar sin nombre al que se dirigía.

Cerró la tapa.

La oscuridad llegó despacio, como el sueño.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

PARTE II

Los que guardaron la llama

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

V. Samuel

Samuel vivió el resto de su vida con el cuaderno en el cajón de la mesita de noche. Su esposa lo encontró una vez y preguntó qué era. Él le dijo que eran notas de un amigo. No era mentira.

Al principio iba a la casa de Theo cada dos semanas, solo para comprobar que todo estaba como debía estar. La alarma no había sonado nunca. Las persianas estaban cerradas. El medidor de luz giraba despacio, alimentado por los paneles del techo. Todo en orden, todo quieto, todo esperando.

Con el tiempo las visitas se espaciaron. No porque hubiera perdido el compromiso sino porque el compromiso se había integrado a la estructura de su vida, como la costumbre de revisar la cerradura antes de acostarse. No necesitaba pensarlo para hacerlo.

La gente del pueblo había dejado de preguntar por Theo al cabo de algunos años. Lo mencionaban de vez en cuando, como se menciona a quien se fue al exterior y no volvió: con la frase hecha y sin curiosidad verdadera. Samuel nunca desmintió esa versión. Era más simple y, en algún sentido que no terminaba de articular, más verdadera también: Theo se había ido. Solo que en una dirección que los mapas todavía no tenían.

Cuando Samuel supo que se estaba muriendo, a los setenta y ocho años, pidió que le trajeran a su hijo mayor. Se llamaba Rodrigo y tenía cincuenta y un años y la paciencia de los hombres que han aprendido a escuchar a sus padres sin interrumpir.

Samuel le explicó todo. Le mostró el cuaderno. Le describió el sótano, la cápsula, el sistema de alarma. Rodrigo lo escuchó con la cara de quien intenta no mostrar lo que piensa, que en su caso era una mezcla de incredulidad y una pena profunda por su padre, que claramente había cargado con esto solo durante décadas.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

—¿Y si ya está muerto? —preguntó Rodrigo.

—Entonces igual tendrás que hacerte cargo —dijo Samuel—. Porque si está muerto hay que enterrarlo, y si está vivo hay que despertarlo cuando sea el momento. De cualquier manera es una responsabilidad.

Rodrigo asintió. Samuel le apretó la mano.

—Era mi mejor amigo —dijo—. El más raro que conocí. Pero el mejor.

Murió una semana después, en la misma cama donde lo habían encontrado durmiendo cuatro noches consecutivas sin despertar. En su mesita de noche, el cuaderno de cubierta azul esperaba, con los bordes ya un poco gastados de tanto ser abierto y cerrado.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

VI. Rodrigo

Rodrigo heredó el cuaderno y también, sin haberlo pedido, una forma de ver el mundo que tardó en aceptar. Durante los primeros meses pasó varias veces por la casa de Theo, que seguía cerrada y en silencio, con los paneles del techo reluciendo bajo el sol con una indiferencia casi ofensiva. La electricidad llegaba. Las cuentas se pagaban solas con los intereses de la cuenta bancaria que su padre había administrado con una disciplina que en su vida cotidiana no tenía.

Hubo un momento, unos dos años después de la muerte de su padre, en que Rodrigo consideró vender la propiedad. Tenía deudas propias. Tenía una familia que alimentar. Y ahí estaba esa casa vacía, con su medidor girando y su silencio costoso, recordándole todas las noches que había prometido algo que ninguna persona razonable habría prometido.

Consultó con un abogado, de manera hipotética. El abogado le dijo que vender era posible en teoría, pero que si había un cuerpo en el sótano, lo cual era una complicación inhabitual, las cosas se complicarían de maneras que prefería no detallar.

Rodrigo volvió a casa y no habló más de vender.

Lo que lo detuvo, más que el miedo legal, fue algo más simple y más difícil de nombrar. Su padre había muerto creyendo que esa responsabilidad era real. Y el amor que Rodrigo le tenía a su padre era suficiente para convertir esa creencia en algo que no podía simplemente ignorar. No porque creyera que Theo estaba vivo, sino porque su padre había creído, y eso era suficiente.

A los sesenta y cuatro años, Rodrigo sentó a su hijo mayor, un joven de treinta y ocho llamado Tomás, y le explicó la historia desde el principio. Tomás lo escuchó con la misma paciencia que Rodrigo había aprendido de Samuel. El silencio, en esa familia, se había vuelto una manera de honrar las cosas serias.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

—¿Y si ya está muerto? —preguntó Tomás.

—Tu abuelo dijo lo mismo —respondió Rodrigo—. Y yo dije lo mismo también. Pero hay que seguir igual.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

VII. Tomás

Tomás tenía setenta y tres años cuando el municipio anunció el proyecto de la autopista.

Llevaba treinta y cinco años administrando el legado de alguien a quien nunca había conocido, y hacía tiempo que había dejado de pensarlo como una rareza y había comenzado a pensarlo como una obligación ordinaria, no muy distinta de pagar el seguro del auto o llamar a su madre los domingos. Cada primer lunes del mes revisaba el estado de la cuenta bancaria y el funcionamiento del sistema eléctrico. Dos veces al año pasaba por la casa y miraba la fachada desde afuera, sin entrar. El silencio siempre era el mismo.

Cuando llegó la carta del municipio anunciando la expropiación, Tomás la leyó tres veces antes de entender lo que significaba. Luego buscó el cuaderno, que ya estaba en la tercera cubierta porque las anteriores se habían deteriorado, y leyó las instrucciones de emergencia que su bisabuelo Samuel había copiado con cuidado en las últimas páginas.

El cuaderno decía: En caso de intervención no prevista de autoridades, presentarse de inmediato e invocar la figura de custodio legal de persona en estado médico crítico. No mencionar la naturaleza del estado. Exigir intervención médica antes que judicial.

Tomás exhaló lentamente.

Llamó a su hijo, que tenía cuarenta y ocho años y se llamaba igual que él, y le explicó lo que estaba pasando. Luego llamó a un abogado. Luego se puso el abrigo y fue a la casa de Theo por primera vez en su vida.

La fachada era discreta: una casa de dos plantas con las persianas bajas, la pintura un poco descolorida por el tiempo, los paneles solares en el techo ordenados

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

con una precisión que contrastaba con el descuido del resto. Alguien que no supiera nada habría pensado que era simplemente una casa abandonada por sus propietarios.

Tomás se paró frente a la puerta un momento. Pensó en su bisabuelo Samuel, que había muerto sin ver el final de esto. Pensó en su abuelo Rodrigo, que había pasado toda su vida adulta cargando con algo que no había elegido. Pensó en su padre, que le había pasado el cuaderno como quien pasa una antorcha.

Dentro de esa casa, en el sótano, había un hombre que todavía no sabía nada de todo esto.

Tomás sacó el teléfono y llamó al número de la oficina municipal.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

PARTE III

El primer viajero del tiempo

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

VIII. El hallazgo

Los funcionarios del municipio habían entrado esperando encontrar una casa ordinariamente abandonada: muebles cubiertos de polvo, tal vez algunas cajas viejas, el olor característico de los lugares que han estado mucho tiempo sin respirar. Lo que encontraron era todo eso, pero con una diferencia que tardaron un momento en procesar.

La alarma sonó cuando forzaron la cerradura, un sonido agudo y corto que duró apenas tres segundos antes de apagarse. Los funcionarios se detuvieron. El inspector a cargo miró al agente municipal que lo acompañaba. El agente se encogió de hombros.

Tomás llegó doce minutos después, con el cuaderno bajo el brazo y una expresión de calma calculada que le había costado años aprender. Habló con el inspector en la vereda. Le mostró documentos. Mencionó la figura del custodio legal. Mencionó el estado médico crítico. El inspector lo miró con la suspicacia profesional de quien ha aprendido que las situaciones simples no requieren custodios legales.

—¿Qué hay adentro? —preguntó.

—Una persona —dijo Tomás—. En estado de hibernación médica asistida. Lleva aquí mucho tiempo.

El inspector procesó esto. Luego llamó al hospital. Luego llamó a la Universidad. Luego, en el orden inverso al que habría preferido, llamó a sus superiores.

La cápsula estaba en el sótano, tal como describía el cuaderno. Era más pequeña de lo que los médicos esperaban, una caja metálica de aproximadamente dos metros de largo y ochenta centímetros de ancho, con un visor de vidrio grueso en la parte superior y un panel de indicadores en el lateral. Varios de los indicadores parpadeaban en verde. Uno parpadeaba en naranja.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

El médico que llegó primero del hospital zonal se llamaba Ferrara y tenía cuarenta años y la compostura de quien ha visto cosas difíciles pero no necesariamente cosas como esta. Se arrodilló junto a la cápsula y miró por el visor durante un momento largo.

Lo que vio fue a un hombre de aspecto indeterminado, ni joven ni viejo, con el cabello corto y las manos sobre el pecho y una expresión de paz que Ferrara asoció de inmediato con la muerte, aunque los indicadores decían otra cosa.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —preguntó sin girarse.

—Aproximadamente ciento veinte años —respondió Tomás.

El médico se giró entonces. Miró a Tomás. Miró el cuaderno. Volvió a mirar la cápsula.

—Necesito llamar a más gente —dijo.

* * *

Lo que siguió fue un período de debates que se extendió por meses y luego por años. La cápsula fue trasladada con una delicadeza casi reverencial a una sala especial en el edificio de Ciencias Médicas de la Universidad. Equipos de distintas especialidades se turnaban para monitorear los signos vitales, que eran mínimos pero constantes: el corazón latía aproximadamente cuatro veces por minuto, la temperatura corporal era de veintiocho grados, la actividad cerebral era prácticamente indetectable pero estaba ahí, un hilo tenue que conectaba ese cuerpo dormido con algo que todavía era, en el sentido más estricto de la palabra, una persona.

Las discusiones éticas, médicas y legales se desarrollaron en paralelo. ¿Podían reanimarlo sin saber con certeza que sobreviviría el proceso? ¿Estaba, en algún sentido válido, dando su consentimiento? ¿Qué marco legal se aplicaba a alguien que había entrado en ese estado hacía ciento veinte años? Sus documentos pertenecían a un

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

sistema jurídico que ya no existía en la misma forma. Su identidad había sido congelada junto con su cuerpo en un momento en que el mundo era diferente en casi todo.

Los medios de comunicación se enteraron tarde pero con entusiasmo. Las coberturas mezclaban el asombro científico con la narrativa humana: ¿quién era este hombre? ¿Por qué lo había hecho? Las respuestas que el cuaderno y los registros de la época permitían reconstruir eran más mundanas de lo que la épica periodística hubiera preferido. No era un científico ni un explorador ni un visionario. Era un inventor fracasado de un pueblo pequeño que había querido escapar de su vida y había encontrado, en la física del tiempo, la única salida que nadie le había cerrado todavía.

Esa versión, paradójicamente, fue la que más caló en la gente.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

IX. El despertar

Veinte años después del hallazgo, cuando Tomás ya había muerto y su hijo administraba lo que quedaba del legado, los equipos médicos acordaron que las condiciones eran suficientes. Los avances en medicina regenerativa de los últimos quince años habían cambiado los cálculos. La probabilidad de supervivencia ya no era una cifra que asustara.

El proceso de reanimación duró seis meses. Primero la temperatura, elevada un grado por semana con una paciencia que rozaba lo ritual. Luego los fluidos, los nutrientes, la rehabilitación muscular de un cuerpo que había dormido más que cualquier otro cuerpo en la historia documentada de la humanidad. Theo pasó ese tiempo en un estado de coma inducido, sin saber nada, sin soñar nada, en ese espacio sin nombre que está entre la hibernación y la conciencia.

La mañana en que le retiraron el respirador artificial, la sala estaba llena de gente que se había quedado en silencio. Eran médicos, investigadores, algunos funcionarios universitarios. Nadie sabía exactamente qué esperar. Habían preparado protocolos para distintos escenarios, incluidos los malos.

El corazón respondió al shock eléctrico con una normalidad que hizo que varios de los presentes contuvieran el aliento. El ritmo se estabilizó. La presión subió despacio hacia valores aceptables. Los ojos permanecieron cerrados durante un tiempo que a los médicos les pareció largo y a los demás les pareció eterno.

Luego los párpados se movieron. Una vez. Dos veces.

Los ojos de Theo se abrieron.

Lo primero que vio fue una luz blanca y difusa, del tipo que no pertenece a ninguna hora del día. Lo segundo fue un techo que no reconoció. Lo tercero fue un rostro joven que lo miraba con una expresión de emoción apenas contenida.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

El joven se llamaba Andrés. Tenía veintiséis años y era el bisnieto del hijo menor de Tomás, y por lo tanto el descendiente en cuarta generación de la cadena que Samuel había iniciado décadas atrás. Había pedido estar presente desde que supo que el proceso de reanimación comenzaría. Era su derecho, en cierto modo, aunque nadie sabía muy bien cómo articularlo jurídicamente.

—Bienvenido —dijo Andrés, con la voz un poco entrecortada—. Bienvenido al siglo veintiuno… bueno, al siguiente, en realidad. Soy Andrés. El bisnieto del hijo de Tomás, que era nieto de Rodrigo, que era hijo de Samuel. El amigo de usted.

Theo lo miró durante un momento. Tenía la cabeza pesada y los pensamientos se movían despacio, como cosas que hubieran estado sumergidas y recién volvieran a la superficie. Pero algo en esa secuencia de nombres lo ancló. Samuel. El nombre de Samuel le llegó al pecho antes de llegar a la mente.

Habló con una voz que no reconoció como propia, áspera y débil, como una puerta que no se ha abierto en mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Ciento cuarenta y tres años —respondió Andrés.

Theo procesó el número. Cerró los ojos un momento. Los volvió a abrir.

—¿Funcionó?

Andrés sonrió. Era una sonrisa que traía encima el peso de cuatro generaciones de espera.

—Sí. Funcionó.

Uno de los médicos avanzó entonces hacia la cama.

—Suficiente por hoy. Ahora déjenlo descansar.

Theo giró despacio la cabeza hacia el médico.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

—Ya descansé —dijo—. Y dormí demasiado. ¿Puede alguien traerme las noticias del día?

Hubo una pequeña pausa. Alguien le acercó un dispositivo electrónico delgado como una hoja de papel, con la pantalla ya encendida en la sección principal de noticias.

Theo lo tomó con las manos que todavía temblaban un poco. Lo miró. Comenzó a leer.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

X. Las noticias

Nadie en la sala supo exactamente cuánto tiempo leyó. Los monitores seguían registrando sus constantes con la normalidad relativa de alguien que se está recuperando. Andrés lo observaba desde una silla en el rincón, sin hablar, respetando ese momento que intuía pertenecía solo a Theo.

La luz de la pantalla iluminaba el rostro de Theo desde abajo, dándole una sombra que lo hacía parecer más viejo de lo que el cuerpo que acababa de despertar debería parecer.

Nadie vio el momento exacto en que ocurrió. El monitor cardíaco emitió un sonido que los médicos reconocieron de inmediato y que a los demás les llevó un segundo entender. Los médicos se movieron con la precisión de quienes han ensayado esto muchas veces. Andrés se puso de pie.

Trabajaron durante dieciséis minutos.

Al final, el médico a cargo se quitó los guantes con un gesto lento y miró el reloj en la pared, el tipo de mirada que tiene un significado específico que todos en esa sala conocen.

* * *

El parte médico oficial atribuyó la causa de muerte a una cepa viral derivada de un agente gripal común, inofensivo en la época de origen del paciente, que había evolucionado durante más de un siglo hasta adquirir una virulencia para la que un sistema inmunológico de esa generación, y de ese estado de debilitamiento extremo, no tenía ninguna respuesta.

En el lenguaje de los médicos: lo mató un resfrío.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

En el lenguaje de todos los demás: Theo había sobrevivido ciento cuarenta y tres años, la hibernación, el olvido, la muerte de todos los que lo habían conocido, la burocracia de dos sistemas jurídicos distintos, veinte años de debates médicos y éticos, seis meses de reanimación, y había muerto al tercer día de haber abierto los ojos.

Y nadie, nunca, supo qué había leído en las noticias.

* * *

Andrés guardó el dispositivo electrónico en su bolso antes de salir de la sala. No lo encendió. No quiso saber. O quizás sí quiso, pero entendió que no saber era también una forma de respetar a ese hombre que había dormido ciento cuarenta y tres años y había muerto mirando el presente con los ojos de quien ya lo esperaba.

Afuera, el sol estaba en el mismo lugar donde siempre había estado. Los pájaros hacían el ruido de siempre. Alguien en la calle pasó hablando por teléfono con una voz animada, preocupado por algo que al día siguiente ya no importaría.

El mundo seguía siendo el mundo.

Indiferente. Continuo. Ajeno.

El mismo que Theo había querido dejar atrás.

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

* * *

Nota del autor

Esta historia comenzó con un sueño. No el de Theo: el de alguien que se despertó una mañana con la imagen de una cápsula de metal y una pregunta sin respuesta al final.

Las preguntas sin respuesta son, a veces, la única forma honesta de terminar una historia.

Fin

© Michel Onirix Todos los derechos reservados.

EL SUEÑO DE THEO

PORTAFOLIO DE ILUSTRACIONES

Imágenes de una historia sobre el tiempo,
la lealtad y las promesas que sobreviven al futuro.



1881 — 1932 — 1987 — 2024



"No se huye del tiempo. Se huye hacia él."

— Anónimo



ÍNDICE

EL SUEÑO DE THEO

PORTAFOLIO DE ILUSTRACIONES



PRÓLOGO VISUAL

PORTADA DEL PORTAFOLIO
El sueño que atravesó un siglo

PARTE I
EL HOMBRE QUE QUERÍA ESCAPAR



LÁMINA 1
EL NIÑO QUE DESMONTABA EL MUNDO
Theo descubre que cada objeto es una pregunta.



LÁMINA 2
EL HORIZONTE DEL MAÑANA
La fascinación por un futuro donde todavía no existe el fracaso.



LÁMINA 3
EL INVENTOR
El taller lleno de sueños que nadie quiso comprar.



LÁMINA 4
EL SUEÑO
La visión de la cápsula que cambiará su destino.



LÁMINA 5
EL PACTO
Theo y Samuel sellan una promesa destinada a sobrevivir generaciones.



LÁMINA 6
EL DESCENSO
La última noche del presente.



LÁMINA 7
LA CÁPSULA
El instante en que un hombre se convierte en viajero del tiempo.

PARTE II
LOS QUE GUARDARON LA LLAMA



LÁMINA 8
SAMUEL
El primer custodio.



LÁMINA 9
RODRIGO
La herencia inesperada.



LÁMINA 10
TOMÁS
La carga del tiempo.



LÁMINA 11
LOS GUARDIANES
Cuatro generaciones y un mismo juramento.



LÁMINA 12
LA CASA Y EL TIEMPO
Un siglo transcurre mientras Theo duerme.



LÁMINA 13
LA EXPROPIACIÓN
El momento en que el secreto está a punto de ser descubierto.

PARTE III
EL PRIMER VIAJERO DEL TIEMPO



LÁMINA 14
EL HALLAZGO
La humanidad encuentra al hombre que esperaba el futuro.



LÁMINA 15
CIENTO VEINTE AÑOS DESPUÉS
Ciencia y asombro frente a la cápsula.



LÁMINA 16
LA REANIMACIÓN
El regreso imposible.



LÁMINA 17
EL DESPERTAR
Los ojos que vuelven a abrirse en otro siglo.



LÁMINA 18
ANDRÉS
El último eslabón de la promesa.



LÁMINA 19
LAS NOTICIAS
La pregunta que nadie podrá responder.



LÁMINA 20
EL MUNDO SIGUE
La indiferencia eterna del tiempo.

EPÍLOGO VISUAL



LÁMINA FINAL
LA PREGUNTA
¿Qué leyó Theo en las noticias antes de morir?"

LÁMINA 1



EL NIÑO QUE DESMONTABA EL MUNDO

Theo descubre que cada objeto es una pregunta.

LÁMINA 2

EL HORIZONTE DEL MAÑANA

La fascinación por un futuro donde todavía no existe el fracaso.



LÁMINA 3

EL INVENTOR

El taller lleno de sueños que nadie quiso comprar.



LÁMINA 4

EL SUEÑO

La visión de la cápsula que cambiará su destino.



"No se huye del tiempo. Se huye hacia él."

LÁMINA 5

EL PACTO

Theo y Samuel sellan una promesa destinada a sobrevivir generaciones.



LÁMINA 6

EL DESCENSO

La última noche del presente.



Entre el pasado que se apaga y el futuro que aún no existe,
hay un instante en el que un hombre se atreve a cruzar.

LÁMINA 7

LA CÁPSULA

El instante en que un hombre se convierte en viajero del tiempo.



Un minuto. Después, solo quedará el mañana.
Y un sueño que atravesará el siglo.

LÁMINA 8

EL DESPERTAR

El futuro no está escrito. Está esperando ser vivido.



Theo ha descubierto que el tiempo no es su enemigo,
sino su aliado. Ahora, su viaje apenas comienza.

Lo que hagas con tu tiempo... eso sí importa.

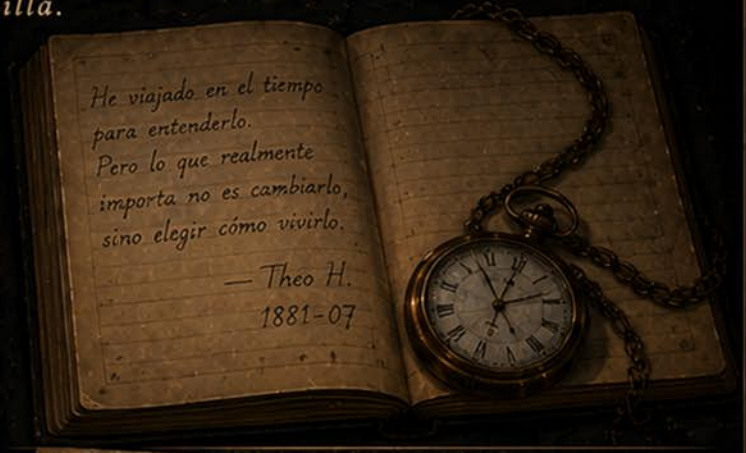
FIN POR AHORA.

LÁMINA 9

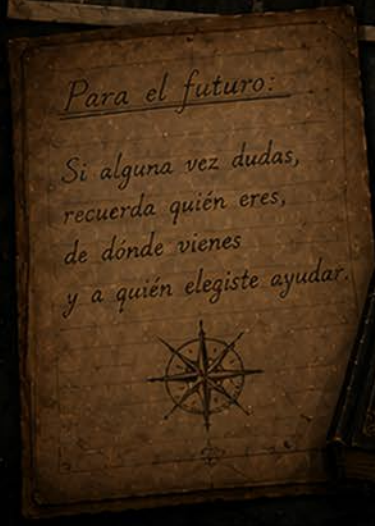
ECOS DEL FUTURO

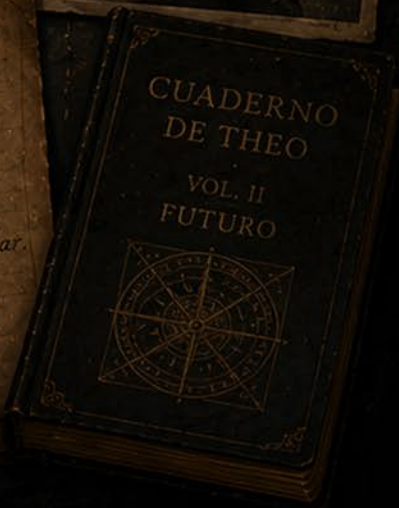
Toda elección deja un eco. Todo acto, una semilla.











El viaje termina.
Pero su historia continuará en cada decisión que tomes,
en cada acto de bondad, en cada futuro que construyas.

EL TIEMPO ES NUESTRO ALIADO.
HAZLO CONTAR.

LÁMINA 10

NUEVOS HORIZONTES

El viaje no era solo a través del tiempo, sino hacia su propósito.



Theo comprendió que su conocimiento podía cambiar vidas,
que cada segundo guardaba infinitas posibilidades.
Decidió usar su don para construir, no para escapar.

EL FUTURO ERA SUYO PARA ESCRIBIR.
Y ESTA ERA SOLO LA PRIMERA PÁGINA.

FIN POR AHORA.









LÁMINA 11

LOS GUARDIANES

Cuatro generaciones y un mismo juramento.



LA PROMESA QUE SOBREVIVIÓ
A CUATRO GENERACIONES.



No éramos dueños del secreto.
Solo sus custodios.
Hasta que llegara quien estuviera listo para recibirlo.

LÁMINA 12

LA CASA Y EL TIEMPO

Un siglo transcurre mientras Theo duerme.



Mientras el mundo cambia, él permanece.
El tiempo pasa afuera. Theo duerme adentro.

LÁMINA 13

LA EXPROPIACIÓN

El momento en que el secreto está a punto de ser descubierto.



CIENTO CUARENTA AÑOS DE SECRETO
ESTÁN A PUNTO DE DESAPARECER.

LÁMINA 14

EL LEGADO REVELADO

Cuando el tiempo deja de ser secreto y se convierte en elección.



Ciento cuarenta años de silencio. Una vida dedicada a proteger la posibilidad de un futuro mejor.

THEO CUMPLIÓ SU PROMESA.



No fue un poder.
No fue una máquina.
Fue una decisión.



Un legado que
atravesó generaciones
para llegar a este día.



Ahora el mundo
sabe que el tiempo
puede ser custodiado.



La verdad cambia todo.
El futuro ya no
será el mismo.



El legado continúa.
Pero esta vez,
en manos de todos.

EL TIEMPO NO ES LO QUE TENEMOS.
ES LO QUE HACEMOS CON LO QUE DEJAMOS A OTROS.
THEO NOS ENSEÑÓ QUE EL MAYOR REGALO NO ES VIVIR MÁS...
SINO PERMITIR QUE OTROS VIVAN MEJOR.

ESTE ES SU LEGADO.

LÁMINA 15

LA VERDAD SALIÓ A LA LUZ

El secreto que cambió al mundo.



EL DIARIO GLOBAL
17 de mayo de 2023

HALLAN CÁPSULA INTACTA BAJO CASA EXPROPIADA

EN SU INTERIOR: UN HOMBRE QUE HA DORMIDO 140 AÑOS



EL HERALDO
17 de mayo de 2023

¿QUIÉN ES THEO? EL MISTERIO QUE DESAFÍA A LA CIENCIA



CIENCIA & FUTURO
17 de mayo de 2023

UN DESCUBRIMIENTO QUE REESCRIBE LA HISTORIA HUMANA





EN MINUTOS, LA NOTICIA
DIO LA VUELTA AL MUNDO.

REDES SOCIALES | 17 MAY 2023

#TheoDespierta

TENDENCIA GLOBAL #1
8.7 M publicaciones

TODOS HABLAN.
NADIE ENTIENDE.

EL MUNDO ENTERO
ESPERA SU DESPERTAR.



LA CIENCIA
BUSCA EXPLICACIONES.



LAS RELIGIONES
BUSCAN SIGNIFICADOS.



LOS GOBIERNOS
BUSCAN CONTROL.



EL PUEBLO
BUSCA ESPERANZA.



PERO ÉL...
SOLO QUIERE ENTENDER.

No fue un descubrimiento.
Fue un espejo.
Theo no cambió al mundo por lo que hizo,
sino por lo que representa:

LA POSIBILIDAD DE EMPEZAR DE NUEVO.

LÁMINA 16

UN LEGADO, UNA ELECCIÓN

El futuro no está escrito, pero puede ser elegido.



No heredamos el tiempo.
Solo la responsabilidad de lo que hacemos con él.
— THEO

LA CÁPSULA

Ciento cuarenta años bajo tierra.

No para esconder algo.

Sino para proteger una posibilidad.

Hoy, esa posibilidad pertenece a todos.



LO QUE CONTIENE

- El diario de Theo
- Los registros del viaje
- Evidencia científica
- Instrucciones éticas
- Una pregunta sin respuesta

¿Estamos listos para saber quiénes podemos llegar a ser?







El secreto se terminó.
La responsabilidad comienza.
El legado continúa.

EL FUTURO ES AHORA.

LÁMINA 17

EL LEGADO CONTINÚA

No es el final. Es la responsabilidad que ahora heredamos.



LA DECISIÓN
12 DE MAYO DE 2023



No buscamos reconocimiento.
Buscamos propósito.

LA INSTALACIÓN
15 DE MAYO DE 2023



La cápsula deja de estar oculta.
Ahora pertenece al futuro.

LA INAUGURACIÓN
17 DE MAYO DE 2023



El secreto se transforma
en un compromiso público.

UN NUEVO HOGAR
2023 EN ADELANTE



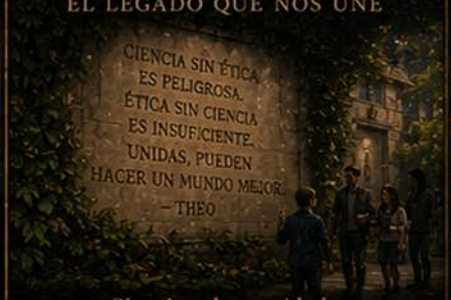
Un lugar para investigar,
aprender y construir futuro.

PARA LAS NUEVAS GENERACIONES



Que la curiosidad los guíe.
Que la ética los acompañe.

EL LEGADO QUE NOS UNE



Ciencia y humanidad.
Conocimiento y compasión.

EL FUTURO ES NUESTRO



El porvenir no está escrito.
Pero podemos escribirlo juntos.

Theo confió en el futuro.
Nosotros debemos estar a la altura.

EL LEGADO CONTINÚA.

LÁMINA 18

EL LEGADO CUSTODIADO

No es un final. Es un comienzo en manos de quienes entienden.



Ciento cuarenta años.
Cuatro generaciones.
Un mismo juramento.
Un legado que sobrevivió
al tiempo, al olvido
y a la indiferencia.
Hoy, ese legado se abre
para construir un futuro mejor.

CÁPSULA DEL TIEMPO DE THEO
CUSTODIADA DURANTE 140 AÑOS
POR CUATRO GENERACIONES.
AHORA, AL SERVICIO DE TODOS.
17 DE MAYO DE 2023

LO QUE APRENDIMOS

- La ciencia sin ética es peligrosa.
- La ética sin ciencia es insuficiente.
- Juntas, pueden hacer un mundo mejor.
- El mayor regalo no es vivir más... es permitir que otros vivan mejor.

THEO CUMPLIÓ SU PROMESA. AHORA NOS TOCA A NOSOTROS.

1. DESCUBRIMOS

No fue un poder.
Fue una posibilidad.



2. COMPRENDIMOS

El conocimiento sin ética
puede destruir.
La ética sin conocimiento
no puede construir.



3. COMPARTIMOS

El secreto ya no pertenece
a una familia.
Pertenece a la humanidad.



4. CONSTRUIMOS

Un futuro donde la ciencia
sirva a la vida.
Donde el conocimiento
sea un acto de amor.
Donde vivamos mejor,
juntos.



EL ARCHIVO THEO

PARA LAS GENERACIONES QUE VIENEN



NUESTROS COMPROMISOS

BUSCAR LA VERDAD
Con rigor, humildad y mente abierta.

ACTUAR CON ÉTICA
Pensar en las consecuencias. Elegir el bien común.

CUIDAR LA VIDA
Respetar la naturaleza, a los otros y a nosotros mismos.

COMPARTIR EL CONOCIMIENTO
Para que todos tengan la oportunidad de crecer.

CONSTRUIR JUNTOS
Un futuro más justo, más libre y más humano.



El porvenir no está escrito,
pero podemos escribirlo juntos.
Ese es nuestro legado.

LÁMINA 19

LA ELECCIÓN

El futuro no está escrito. Seguimos siendo responsables de él.



LA CÁPSULA DEL TIEMPO DE THEO
NO FUE ESCONDIDA PARA PROTEGER UN SECRETO,
SINO PARA PROTEGER UNA POSIBILIDAD.

LO QUE HEMOS APRENDIDO.

Que el tiempo
no pertenece a nadie.



Pero nuestras decisiones
sí pertenecen a todos.

Que la ciencia
sin ética es peligrosa.



Y que la ética
sin acción es inútil.

Que un legado
no es lo que dejamos...



...sino lo que inspiramos
a construir.

Que el mayor regalo
no es vivir más...



...sino permitir que
otros vivan mejor.

Que el futuro
no está escrito...



...pero podemos
escribirlo juntos.

NUESTRO COMPROMISO.

BUSCAR LA VERDAD
Con mente abierta
y espíritu crítico.

ACTUAR CON ÉTICA
Pensar en las consecuencias.
Elegir el bien común.

CUIDAR LA VIDA
Respetar la naturaleza,
a los otros y a nosotros mismos.

COMPARTIR EL CONOCIMIENTO
Para que todos tengan
la oportunidad de crecer.

CONSTRUIR JUNTOS
Un futuro más justo,
más libre y más humano.

LOS GUARDIANES CONTINÚAN

No por obligación.
Por convicción.



EL LEGADO QUE NOS UNE

Una promesa entre generaciones.
Un compromiso con la humanidad.
Una esperanza para el futuro.



EL FUTURO NOS ESPERA

No sabemos qué desafíos vendrán,
pero sabemos quiénes seremos
cuando lleguen.



El legado no es lo que tenemos, es lo que hacemos con lo que dejamos a otros.

EL LEGADO CONTINÚA. LA ELECCIÓN ES NUESTRA.

LÁMINA 20

UN NUEVO COMIENZO

El legado continúa. La elección es diaria.



CADA DÍA, PODEMOS ELEGIR.



NUESTROS COMPROMISOS PARA LAS GENERACIONES QUE VIENEN

- Buscar la verdad con mente abierta y espíritu crítico.
- Actuar con ética en cada decisión, grande o pequeña.
- Cuidar la vida, respetar la naturaleza y a los demás.
- Compartir el conocimiento para que todos tengan la oportunidad de crecer.
- Construir juntos un mundo más justo, más libre y más humano.
- Pensar en el largo plazo, porque el futuro es de quienes vienen.

EL LEGADO CONTINÚA.



No heredamos la Tierra de nuestros ancestros,
la tomamos prestada de nuestros hijos.
– Proverbio indígena

EL FUTURO NO ESTÁ ESCRITO, PERO PODEMOS ESCRIBIRLO JUNTOS.

Ese es nuestro legado. Ese es nuestro nuevo comienzo.

LÁMINA FINAL

EPILOGO

NUESTRO LEGADO. NUESTRO FUTURO.

El futuro no está escrito, pero ya sabemos lo que elegimos escribir juntos.



CUSTODIAMOS UN SECRETO.
PERO, SOBRE TODO, CUSTODIAMOS UN PROPÓSITO.

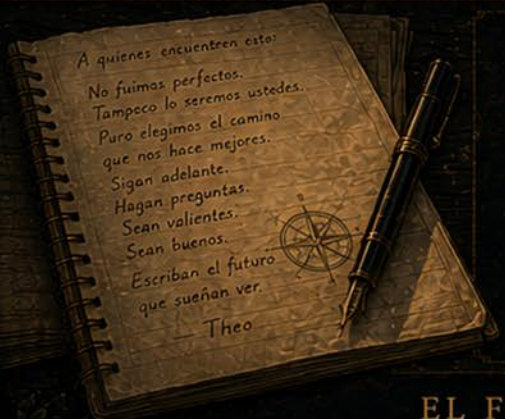
LO QUE HEMOS APRENDIDO, GUARDAMOS. LO QUE HEMOS ELEGIDO, LO CONSTRUIMOS.

LA VERDAD	LA ÉTICA	LA COMPASIÓN	EL CONOCIMIENTO	LA UNIDAD	EL FUTURO
La buscamos con mente abierta y espíritu crítico. Sin verdad, no hay futuro posible.	Actuamos con responsabilidad. Elegimos el bien común por encima del interés individual.	Respetamos la vida y cuidamos a los demás y a nuestro planeta.	Compartimos para que todos tengan la oportunidad de crecer.	Construimos juntos un mundo más justo, más libre y más humano.	Pensamos en el largo plazo, porque el futuro es de quienes vienen.

NUESTRO COMPROMISO DIARIO



Escuchar antes de decidir.	Investigar con integridad.	Actuar con empatia en lo pequeño y en lo grande.	Compartir sin esperar nada a cambio.	Cuidar la Tierra como nuestro hogar.	Inspirar a otros a ser parte del cambio.



A QUIENES VIENEN

Este legado no es un fin,
es un comienzo que se renueva
con cada generación.
Lo que hoy dejamos en sus manos,
mañana será lo que ustedes
dejen en las de otros.

Confíen. Aprendan. Sueñen.
Y escriban su propia historia.
Nosotros ya escribimos la nuestra.
Ahora, les toca a ustedes.



EL FUTURO NO ESTÁ ESCRITO, PERO PODEMOS ESCRIBIRLO JUNTOS.

Ese es nuestro legado.

FIN DE ESTE RELATO. COMIENZO DE TU HISTORIA.

¿QUÉ LEYÓ THEO EN LAS NOTICIAS ANTES DE MORIR?

Theo era un inventor fracasado de un pueblo pequeño que, cansado de los fracasos y la indiferencia, decide hacer lo imposible: dormir su vida para despertar en el futuro.

Pero el viaje no es solo suyo, Antes de entrar en la cápsula, le deja a su único amigo una promesa: cuidar su sueño mientras él esté ausente.

A lo largo de más de un siglo, cuatro generaciones de una misma familia cumplen esa promesa, enfrentando dudas, pérdidas, burocracias y el paso implacable del tiempo.

Cuando Theo finalmente despierta, el mundo es irreconocible.
Y lo que descubre en las noticias del día será la última cosa que vea.

"No se huye del tiempo. Se huye hacia él."
— Anónimo



"Una historia sobre el tiempo, la lealtad y las promesas que sobreviven a la muerte."

"Más que ciencia ficción, es una reflexión sobre lo que significa no rendirse nunca con alguien que amamos."

"Profunda, melancólica y hermosa. Una novela que deja una pregunta vital latiendo en el pecho."

"El mejor viaje en el tiempo no es hacia adelante, sino hacia el corazón humano."

ISBN 978-631-01-6282-9
9 786310 162829